

LETANÍA DE LOS LILIPUTIENSES

Cuando uno de nosotros muere
lo guardamos en una caja de cerillas
o lo envolvemos en una hoja de chopo
ancha como su amor.
Y lo entregamos al agua.
El agua se lo lleva hacia otros países
de los que no sabemos aún nada,
pero el día viene de allí
y pensamos entonces que ha llegado.
¡Hemos amado tanto el mundo!
¿No nos vais a dar otro?

Cuando uno de nosotros muere
los demás descosemos su casa
y encontramos allí grandes prodigios,
dedales para bañarnos o semillas de sésamo.
Se los damos al aire.
Quedan durante siglos arrojados ahí
y la lluvia o los pájaros se hacen dueños de todo
y al escuchar el granizo
pensamos que él está bien.
¡Hemos amado tanto el mundo!
¿No nos vais a dar otro?

Cuando uno de nosotros muere
nos quedamos callados.
Pero el silencio nunca es el mismo.
El nuestro tiene fruta y el de él
gotea en el latón.
Por eso echamos sus libros al fuego.
Y las palabras, al arder, calientan
una China sin loros,
el peso insoportable de un zapato vacío.
¡Hemos amado tanto el mundo!
¿No nos vais a dar otro?

Ay, cuando uno de nosotros muere
jamás, jamás se lo damos a la tierra.
La tierra no nos quiere y podría escupirnos
como a un huesecillo de cereza.
Por eso no pisamos ese día los bosques,
no salimos al sol.
Pero es inútil: hay una ventana
en cada cáscara y allí

vemos cambiar el cielo de color a la tarde
y qué podemos hacer.
¡Hemos amado tanto el mundo!
¿No nos vais a dar otro?